

en las aguas, dándoles un aspecto trágico.

No parecía sino que aquel arroyo venía de un campo de batalla en donde la carnicería hubiera sido tal, que la sangre y el pus y las carnes en putrefacción corrieran por su superficie sobrenadando en ella. La pestilencia del aire corroboraba esta impresión penosa.

.

Se alejaron más hacia la Butte-aux-Cailles. Por allí la edificación terminaba. Se veían terrenos baldíos llenos de escorias y escombros, tapias bajas, dentelladas, largas, por encima de las cuales resplandecía el horizonte gris muy luminoso.

En alguno de estos solares, al lado de una casita blanca con gran tubo de chimenea humeante, se amontonaban materiales de derribo, persianas verdes, destañadas, jarrones de piedra, barandillas, puertas viejas, regaderas pintadas y pilas de tablas que se iban descomponiendo por la acción de la lluvia.

A un lado, rompiendo la línea gris de las fortificaciones, sobre terraplenes de color violáceo, corría en suave curva la línea de un tren.

Volvieron antes que oscureciera. Al anochecer, en el barrio de Croulebarbe, entre las bruma, algunas fábricas aisladas,

cuadradas, se levantaban como inmensos dados negros, agujereados por los rectángulos de las ventanas resplandecientes. Las altas chimeneas espiraban grandes bocanadas de humo blanco; de las rejas se columbraban galerías en donde los obreros curtidores trabajaban en artesas llenas de agua rojiza.

En alguna rinconada, un árbol desnudo y negro se destacaba en el fondo del crepúsculo; tipos de andrajosos pasaban por las calles encogidos, y en el interior de las tabernas hablaban grupos de vagabundos.

Cruzaron un bulevar exterior. Había anochecido; entre los espacios oscuros, correspondientes á los sitios sin edificar, brillaba de trecho en trecho la luz de los escaparates de las tiendas.

Pasaron el bulevar y se acercaron al centro, cruzando ese barrio de colegios y conventos que se extiende entre el Bièvre y el Panteón. En las callejuelas, abandonadas y desiertas, algún farol de petróleo colgado de una cuerda se balanceaba y brillaba á lo lejos. El aire le hacía oscilar violentamente; su claridad danzaba del empujado á la tapia negra; el viento se derramaba por callejones y encrucijadas, y silbaba y gemía con una nota larga y sollozante....

PLO BAROJA.



HOMENAJE AL DUQUE JOB

(Versos recitados por su autor, en la Velada del día 17 de Abril, verificada en el Teatro Arbeu).

Un triunfo de luz cruza. Seres y cosas
transparentan su alma. Sobre sus huellas
las Horas se detienen. Hay jubilosas
sonrisas en la vida.... Revientan rosas....
Hay dudas en la muerte.... Caen estrellas....

Es que pasa la gloria de los divinos:
de los que vienen de ortos, de auroras llenos;
de los que van, con almas de torbellinos,
mojando con su llanto plectros de trinos,
y tiñendo en su sangre liras de truenos.

Es que pasa la estirpe regando asombros.
Son los que han tremolado banderas santas,
entre las humaredas y los escombros.
Los que llevan un mundo sobre sus hombros.
Los que sienten un cielo bajo sus plantas.

En sus pechos transidos bullen torrentes
ígneos, como las lavas de los volcanes.
Son abismos y cumbres. Tienden ingentes
lutos en sus anhelos, y alzan las frentes
con soberbias de nieves, sobre huracañes.

De pugnar de miserias contra garbullos,
 sus rotos mantos muestran sus cicatrices.
 Son encinas con nidos. Vuelcan arrullos
 en ráfagas glaciales, y en sus orgullos,
 abrazan las conciencias con sus raíces.

Cíclopes rige en ellos el Pensamiento.
 La Fábula en su fuerza no los alcanza.
 Amenazan lo arcano con un portento:
 la erección, hacia el pasmo del firmamento,
 de la infinita Torre de la Esperanza.

Tienen para las penas bálsamos suaves,
 y acerados broqueles para las sañas.
 Sus voces son tañidos. Tiernas ó graves,
 difunden entre lampos vuelos de aves
 que conmueven solemne paz de montañas.

Sus magnánimas manos tienen virtudes
 tales, que en milagrosas imposiciones,
 y en nombre de clementes excelsitudes,
 encienden fe de angustia sobre ataúdes,
 y ante duelos realizan resurrecciones.

Llevan las frentes altas, altas y yertas,
 entre una nube negra que esgrime espadas
 de relámpagos rojos. Y están abiertas
 en sus ojos que exploran albas inciertas,
 las fulgurantes alas de sus miradas.

Llevan su apoteosis con paso leve,
 en góndolas de lirios y de azucenas,
 precedidas de ilustres cisnes de nieve,
 ó en carros deslumbrantes de oro en relieve,
 tirados por leones de ígneas melenas.

La Eternidad es de ellos. Y no habrá ni una
 selva de hosca estulticia que venza en redes

de agresivas malezas á la fortuna
 con que cantan con tenue rayo de luna
 ó fulgor de tormenta de altas mercedes.

Florece sus heroicas meditaciones
 con rosas ideales. Y dan la gloria
 de estrofas que á ser llegan constelaciones
 del espíritu humano. Por intenciones
 de astros, cada uno alumbra con su victoria.

Y van hollando guijas de odios y halagos.
 Y así son blancas nubes y rojas llamas....
 Y á las nubes qué importan copias de lagos!
 Y qué á las llamas nobles que sobre estragos
 y cenizas, se extiendan sus oriflamas!

Y entre aquestos divinos pasa el preclaro
 Duque de los Encantos de la Palabra,
 con la razón que lo hace ser como un faro,
 en el poder excelso por el que es claro,
 para que entrañas frías de sombras abra.

Y va con su victoria de sol extraño,
 fecundando en esperas de surcos, largas
 ansiedades del germen que año por año,
 será el pan de los pobres que, como antaño,
 ogaño padecieran hambres amargas.

Y como sol no quiere saber de intentos
 de grises polvaredas en los caminos....
 Vive con sus eternos fulgores cruentos....!
 Y sabe la justicia con que los vientos
 hacen de polvos, polvos; de trinos, trinos!

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.



ALGUNAS NOTAS SOBRE PINTURA

En este momento, los pintores jóvenes estamos un poco perplejos, con esa perplejidad de todos los artistas que empiezan, cuando van á hacer su examen de conciencia. Nos cuesta un gran trabajo ordenar nuestras convicciones de arte, y la inquietud de criterio artístico determina en nosotros un gran desasosiego espiritual.

En todas las exposiciones que vemos, la misma intranquilidad se apodera de nosotros; sobre todo si esa exposición es de las que se llaman *de tendencia*.

En frente de una tendencia que se nos presenta brillantemente, nuestros espíritus, que tienen la plasticidad de las juventudes, se preguntan: «¿Es cierto? ¿Llegaremos por este camino á hacer el gran arte que hemos soñado?»

Recuerdo ahora la impresión que me produjera la Exposición de *La Libre Esthétique*, celebrada el año pasado en Bruselas. El programa de esta Exposición era el siguiente: dar á conocer el movimiento impresionista en los diversos países y durante estos últimos años. Y ahí, junto á

las primeras armas que el impresionismo había hecho en Bélgica, estaban los continuadores de la hora reciente. Junto á los cuadros de Pantazis, á la manera de Manet, los paisajes nevados de Voggel, las aguas de ensueño de Verdhien, y las geniales excentricidades de Ensor; el arte profundo y equilibrado de Claus, las decoraciones de Degouve de Nuncques, las notas lunares de Heymans, las mujeres de carne rosa y nácar de Morren, discípulo del glorioso Renoir, los paisajes líricos de mi maestro Toorop, notas de Childe Hassam el neoyorquino, Mir, Rusñol y dos ó tres más.

Os confieso que mi desconcierto era grande, y que al ver reunidas bajo un mismo título de impresionistas las cosas más diversas, me preguntaba por qué hay señores que tienen la manía de las clasificaciones.

Sin embargo, yo traté de encontrar el lazo invisible que reunía á aquella veintena de pintores, y logré establecer lo siguiente, que más tarde confirmé en sucesivas exposiciones impresionistas. Hay, en

efecto, entre los impresionistas, una tendencia hacia la paleta clara; la impresión que nos hace una exposición que exclusivamente contenga estas obras, es de una luminosidad que nos habla de ventanas abiertas y de campos gloriosos de sol.

Y, efectivamente, son cosas de un exquisito y genuino goce pictorial.

En algunos de los impresionistas, con el objeto de llegar á la mayor cantidad de vibración luminosa y de intensidad cromática, se ven aplicadas las doctrinas de la división pigmentaria del tono.

La objeción más grande que se ha hecho á la nueva técnica, es la de que complica el procedimiento en vez de tender á la simplificación; esto no es nunca un defecto, si por medio del divisionismo llegamos á hacer un arte más grande y más hondo.

Desgraciadamente, y por la habilidad que supone la posesión de esta técnica, se llega al virtuosismo, y entonces el artista se torna en el artífice que pone pinceladas con una benedictina paciencia, pero que suprime de su arte esta cualidad, la más grande y tal vez la única á que un pintor debe atenerse: *la selección para encontrar lo expresivo*.

Y así yo, después de ver todas aquellas bellas cosas en las que la luz cantaba, iba á visitar á mis viejos maestros; y ante la vida de Santa Ana, pintada por Metzys con la paleta clara y con el alma llena de amor, os lo confieso, y perdonadme si no pensáis como yo, se me olvidan los Renoir y los Degas que había visto; y junto á un paisaje de Patinir (aquel querido maestro que desde su casa de Dinant adoraba á la Virgen y creía ingenuamente en el Diablo), pensaba que la pintura se había muerto en el siglo XVII y que no hay quien diga aún la palabra de Resurrección.

Ya sé que esto indignará ó hará sonreír

con desdén á los que piensan que la pintura sigue nuevos caminos; pero creedme: más nos valdría tener otro Tiziano que nos pintara á nuestras queridas muñecas de París, sus carnes viciosas y bellas, sus grandes ojos que saben de paraísos artificiales, sus trajes de una elegancia infinita, tan infinita como la elegancia del Renacimiento, que todos los buenos señores que nos pintan encarnizadamente el patio banal de nuestra casa, la iglesia de nuestra villa á todas horas del día, ó los bulevares en donde hormiguea la gente diminuta y ridícula como en el país de Liliput.

Y entonces pensaba en las palabras de dos grandes maestros de estos tiempos, que fueron grandes porque supieron ver las obras de aquellos que nunca pasarán.

Hablo de Delacroix y Whistler.

Decía el maestro francés: *La Naturaleza no es más que un diccionario*. Esto es: en ella encontramos los elementos de la producción; pero es preciso proceder como el literato, que, valiéndose de las palabras contenidas en el diccionario y mediante un sabio trabajo de ordenación y selección, llega á producir obra de arte. Y de tal modo es preciso considerar lo que directamente sobre la Naturaleza se hace, que los estudios, los apuntes, etc., no son sino elementos que más tarde deben servir para realizar la obra completa y definitiva; porque el darlos como obras acabadas, equivaldría á que el literato nos diera, en vez de un libro, su cuaderno de notas.

Además, es preciso convencerse de que el arte: música, poesía, pintura, escultura, nada tiene que ver directamente con la Naturaleza, sino que ésta es simplemente el tema conductor sobre el cual el artista sinfoniza y armoniza sus rimas y sus ritmos de notas, palabras, líneas y colores.

El pintor norteamericano glosa las palabras de Delacroix y dice, poco más ó

menos: *La Naturaleza es como un clavicordio, en el que duermen poemas divinos; pero es preciso que la mano sabia del artista despierte las notas y arregle y coordine los diversos elementos que ante él se presentan.*

La fiebre naturalista que hoy domina en los pintores de España, es la mitad del camino: es la documentación, es el estudio, el aprendizaje; pero no es la creación. Y á la creación hay que tender para dejar en los cuadros la visión de nuestro sueño.

Sólo en aquellos países quiméricos de Leonardo y de los venecianos; sólo en los azules paisajes de Citerea de Watteau, está lo entrevisto, el más allá de la vida, el color inefable, los mares de turquesa y los bosques de esmeralda. . . .

Mi convicción actual es *la busca de lo expresivo*; es decir, la supeditación de la línea, del color y del claroscuro á la expresión de un estado espiritual. Creo que así procedieron los maestros que admiro con toda la fuerza de mi alma, y creo que aquel que tienda, como ellos tendieron, á la eliminación del azar en la obra de arte, en la investigación ansiosa de la obra perfecta, se les parecerá; no con el parecido superficial que dan las imitaciones, sino con el que tienen las obras inspiradas por una misma concepción estética.

Esta idea de la selección en pintura es la fuerza de los antiguos maestros. «Cuéntase de Leonardo que una vez tuvo que pintar un animal espantable y lo hizo con diversos elementos que de otros animales sacó, llegando á dar una obra que ponía espanto en cuantos la veían.» El mismo maestro florentino dice esta convicción en su *Tratado de la Pintura*, § VII: «El pintor debe ser universal y amante de la soledad; debe considerar lo que mira y raciocinar consigo mismo, *eligiendo las partes más excelentes de las cosas que ve.*» El pintor tiene que decir un estado de su es-

piritu á quien contemple su obra, y los medios de expresión son la armonía y el ritmo que su línea, su color y su claroscuro sigan, por lo que es preciso que llegue al dominio absoluto de los medios de su arte; es decir, *al estilo*, que es la intensificación de los medios expresivos. Y el pintor habrá dado un gran paso en su arte cuando el estudio definido y abstracto del dibujo le enseñe cómo la dirección de una línea puede sugerir una idea, y cuando tenga la convicción absoluta de que, por variable que sea el efecto de los colores, cada uno de ellos tiene su carácter propio, que está en relación con nuestros sentimientos. Yo creo que á nadie le es difícil convencerse por sí mismo del poder expresivo del color. Sin duda que un color tiene por sí propio menos virtud de expresión y de emoción, que cuando contrasta ó se armoniza con otro. Sin embargo, entre el blanco, que resume todos los rayos del sol, y el negro, que los absorbe, cada color tiene su acento propio y nos dice alegría y tranquilidad, mientras más se acerca al blanco, y se melancoliza ó se entristece al llegar al extremo oscuro.

El amarillo es el color que más directamente emana de la luz; los pueblos coloristas, como los chinos, le miran como el más bello de los colores. Es el color de espectáculos espléndidos, de los más preciosos metales. Es espléndido en los campos de trigo y en las cabelleras rubias. Manchado de negro, es la piel de los animales terribles, la pantera y el tigre, y esta oposición de oro y negro es muy común y muy amada en los pueblos violentos: las españolas divinas envuelven sus cuerpos en el prestigio de oro y negro de los pañolones de Manila.

El rojo está colocado entre la alegría de los tonos claros y la tranquilidad de los sombríos: tiene una expresión de dignidad, de magnificencia y de pompa. Es im-

ponente y terrible en las togas judiciales; en las vestiduras cardenalicias, y en los uniformes militares nos habla de orgullo y de expansión. Llama y provoca la mirada y afirma la voluntad.

El azul es el color que sube y baja más en la gama tonal; llega casi al blanco imperceptiblemente y se profundiza hasta los confines del negro. Place á los poetas, porque es inmaterial y celeste. Cuando es claro, nos habla de pureza, de cosas etéreas, y cuando oscuro, tiene la imponente melancolía de los crepúsculos.

Y así sucesivamente se podría pensar en los diversos caracteres expresivos que el color tiene por sí mismo, y del mismo modo encontraríamos que el claroscuro posee su expresión particular. Y el día que llegáramos á la expresión pictórica de estos conceptos, estaríamos más cerca del divino Sandro ó de Leonardo el Dios, que haciendo cabezas sucias y todas esas cosas que en el arte naturalista pintamos.

Piense cada uno como quiera. La perfecta autonomía individual es la característica de nuestros tiempos; pero sobre todo esto están las grandes cosas que fueron. Sirvanos la Naturaleza para documentarnos, para poder elegir en ella los elementos que más respondan á nuestro reino interior. Procedamos como el poeta y como el músico, por una selección de ritmos y armonías, y llegaremos á pintar esa obra que está en todas partes y no está en ninguna. Desliguémonos, dentro de nuestro sér de hombres modernos, de esa cosa despreciable que se llama la moda, y pensemos que sólo la obra de nuestro sueño es duradera. Y si al fin hemos sido torpes y nos queda la derrota, es preciso pensar que fué por realizar esa obra íntima, esa expresión única y personal del reino interior que cada hombre, por humilde que sea, lleva dentro de sí mismo.

ANGEL ZÁRRAGA.





INSTANTE

Bañe la flor sangrienta de tu boca
el resplandor lunar de tu sonrisa,
y vuelen tus suspiros en la brisa
como un reclamo que al amor invoca.

Virgen tu sangre, en turbulencia loca
por tu vibrante cuerpo corra aprisa,
y quede así tu voluntad sumisa
al beso audaz que la pasión provoca.

Y á la llama fundente de ese beso,
en la inercia feliz del embeleso,
dème tu carne pura sus primicias;

y en el célico instante del espasmo
sacuda mi alma su mortal marasmo
ante el divino dón de tus caricias.

DARÍO HERRERA.

1907.



LEYENDO

A veces son desconsoladoras las lecturas. Hay libros que refrescan el espíritu, agitando las ideas díscolas y haciendo entrar en sedación los dolores que nos deja el paso por la vida. En ocasiones, esas lecturas son amargas; dañan á traición.

¿Qué es un libro? Si es cierto que los libros tienen alma, al decir de la crítica con retumbante frase literaria, declaramos que es pèrfida, cautelosa, á veces asesina, como alma de mujer.

No sé quién dijo que un libro es el mejor amigo. No lo creo. Más bien me inclino á creer que es un enemigo implacable. Nos pinta una vida mentirosa, embelecida con afeites artísticos, sin duda para más amargamente engañarnos con el desencanto.

No hay mayor dolor que, después de leer un libro, novela de pasión, cuento de amor, lo que sea, reconcentrando en el espíritu esa visión ideal de la vida, fijándonos en la existencia corriente, al día, interrogarnos interiormente: ¿por qué no será así? . . .

No obstante, leemos. Los libros son un excitante para nuestro espíritu, algo así

como las inyecciones en los morfímanos, un despertador de ensueños, de ensueños malsanos, como los que buscan los bebedores de «hatchis» y los fumadores de opio.

Pasada la fugaz ilusión, duradera nada más que el tiempo de éxtasis psicológico, ¿qué enfermizo desencanto volver á la prosa vulgarísima de los hechos ordinarios que se suceden con monótona regularidad en torno nuestro!

Cierto que la sugestión es prodigiosa, que las sensaciones, á través de la lectura, se perciben al vivo. Quien no ha amado nunca, los que tengan el corazón vacío, ajeno á toda pasión amorosa, ¿no es cierto que han amado alguna vez, que han sentido en toda su poética intensidad, siquiera por un momento, el tranquilo cariño de «Ofelia»? ¿No les ha sacudido los nervios y les ha conmovido el alma el grito de los celos, el ímpetu de los bárbaros corajes con que enloquece la pasión de «Otelo»? Sin haber matado, libre la conciencia de toda culpa, ¿no es verdad que interiormente se ha sentido el remordimiento de «Edipo»?

Son dañosas las lecturas. ¿Por qué, si en la existencia la suerte nos ha preservado de saborear la amargura de las grandes angustias humanas, los libros nos las hacen tragar sorbo á sorbo, sin que valgan escrúpulos ni resistencias?

Por la lectura vivimos en todas las épocas y somos, por libre voluntad, ciudadanos de todos los países de la tierra.

Y esto, ¿qué importa? Recorro con la memoria todos los siglos que fueron. Ninguno me encanta. Si por una especie de «avatar,» como el héroe de Gautier, pudiese vivir la vida de edades pretéritas, moriría de espanto ó de asco. Guerras, matanzas, luchas sangrientas de pueblos contra pueblos, es lo que se encuentra á lo largo de la histórica jornada humana. La barbarie de los hombres se sabe cuándo comienza, pero se ignora cuándo acaba. El salvajismo ancestral, á pesar de los decantados progresos, subsiste en estos modernos tiempos de civilización. ¿Qué importa que el arma homicida sea el hacha de piedra, la lanza de acero ó el cañón moderno?

Leyendo, esa es la primera consideración que surge.

Por otro lado, ¿qué país sería el preferido? Ya se sabe que en los libros se borrarán los límites de las nacionalidades y se universaliza la patria. Cada cual, sin embargo, se atiene al solar nativo. Pero, es posible que algunos creyesen mejor vivir en los pueblos salvajes, sentándose en los banquetes de caníbales, como dijo Ganimet, á comer la humenante carne humana.

Por lo menos esos actos los disculpa la barbarie. ¿Qué razón puede disculpar la espantosa carnicería de pueblos contra pueblos en los tiempos contemporáneos?...

Hay libros que nos hablan del porvenir de la estirpe humana. Sospecho que esos son los más dolorosos.

Conocemos ya la huella de la humanidad á través de una existencia de tan largos siglos. No es muy consoladora esa historia, y al leerla muchas veces hemos tenido que suspender la lectura para respirar un poco de aire, como si el vaho de tantos odios y los vapores de tanta sangre nos fueran á asfixiar.

Pensando en el porvenir, yo no sigo las elucubraciones de los profetas optimistas, los que dicen que llegará, con la plenitud de los tiempos, el advenimiento de la «edad dorada,» el reinado de la paz universal y de la felicidad humana.

Artes, ciencias, en que los hombres ponen su mentalidad; campos pródigos, climas benéficos, dones de la naturaleza domada, harán bella y agradable la vida entonces.

Pienso lo contrario.

Cuando leo á Taine, admiro el colosal poderío de Inglaterra que pesa sobre el haz de la tierra. Pero, terminadas esas páginas, viene á mi memoria la trágica visión de Macaulay, y pienso en aquellos salvajes remendando sus redes de pescadores á orillas del Támesis solitario, contemplando desde un puente las torres ya en ruinas de la catedral de San Pablo. Y la elegía famosa á Itálica parece que me recuerda sus versos llorando la desolación de un gran pueblo.

Otras memorias remozan pasadas lecturas. Es un poema de Richepin. Adelantado el tiempo, asisto en lo futuro á la jornada humana, que toca tristemente á su término.

Por las tierras desiertas de Europa, que ya invaden las aguas, caminan los últimos arios en demanda de un solar de origen. Sobre la cima más alta de los montes asiáticos, mirarán cómo toda acaba. Ya han perdido la tierra, campos, viviendas, lo que era comodidad y esplendores de una vida llegada al límite de las bie-

nandezas. Ya no les queda más que la cultura, las ideas, el espíritu de una civilización espléndida.

Y eso entonces, ¿qué vale?

Abro otro libro. Es de Anatolio France.

También habla de las últimas jornadas humanas. No puede decir más en frases tan breves, intensamente dolorosas.

Habla de los seres humanos dentro de muchos siglos. Y dice: «Los últimos serán tan estúpidos como los primeros. Habrán olvidado todas las artes y todas las ciencias. Se tenderán miserablemente en las cavernas al borde de los «glaciers, que rodarán sus bloques sobre las dispersas

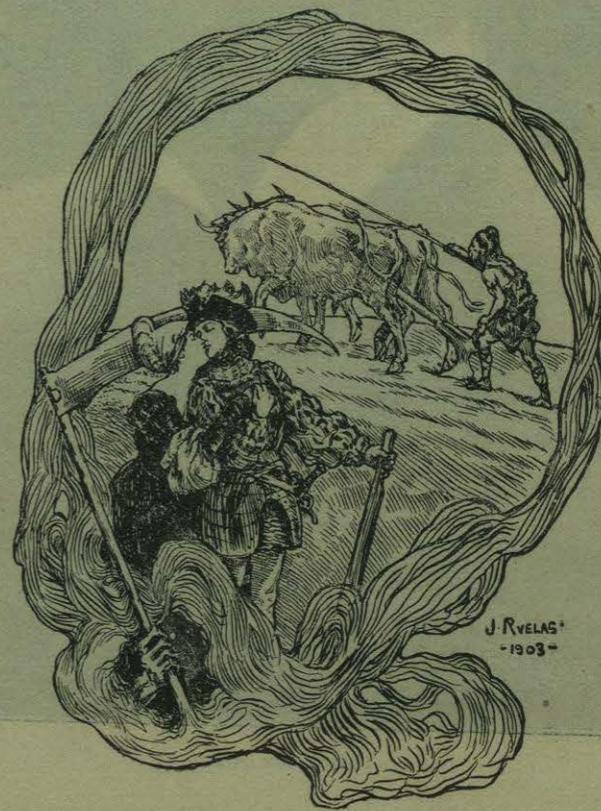
ruinas de las ciudades, donde en mejores días se pensaba, se amaba, se sufría y se esperaba.»

Después añade.

«No sabrán nada de nosotros, nada de nuestro genio, nada de nuestro amor, y no obstante, serán nuestros hijos, la sangre de nuestra sangre.»

Los libros dañan. Es mejor dejar que la vida continúe su curso inalterable. Sus sorpresas son las únicas alegrías que el azar nos puede prometer, y con esa ilusión por lo menos se puede ser feliz.

ANGEL GUERRA.



J. RUELAS
-1903-